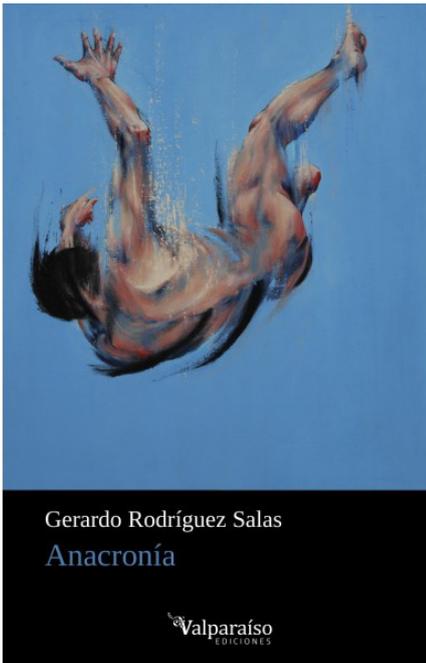


GERARDO RODRÍGUEZ SALAS

Anacronía

Granada: Valparaíso Ediciones, 2020.

ISBN: 9788418082528.



¿Qué hace uno para escribir una reseña cuando la obra a reseñar quema en las manos a punto de reventar de tanto dolor como la preña? *Anacronía*, el impresionante debut poético de Gerardo Rodríguez Salas, explota en mil pedazos, al igual que también explotan en mil pedazos la moto y la vida de Javi, hermano del autor y absoluto protagonista del poemario. El cataclismo emocional que sigue al fatídico accidente orchestra una danza rizomática con rupturas temporales por los vericuetos de las antípodas y de los infiernos del duelo. Esta danza no son sino estrategias para seguir viviendo a quien ha muerto y para que los que quedan vivos puedan también vivir, aunque casi sin vida.

En *Anacronía* lo que danza, o más bien cae, es un ángel, un ángel heredero del *Angelus Novus*, cuadro de Paul Klee hecho filosofía por Walter Benjamin. Este cuadro era una de las pocas pertenencias que el filósofo alemán llevaba consigo cuando se suicidó en Portbou recién comenzada la Segunda Guerra Mundial. De este cuadro Benjamin escribe en sus *Tesis sobre la filosofía de la historia* que “Se ve en él a un Ángel al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava su mirada. Tiene los ojos desen-



cajados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la Historia debe tener ese aspecto". ¿No nos presenta Rodríguez Salas una escena similar? ¿En *Anacronía* no se transforma el poeta en este ángel para ver a través de sus ojos y caer con sus mismas alas?:

Aquella tarde rueda en mi cabeza,
resbala por laderas escarpadas
la pesadilla, veo aún
la cicatriz del quitamiedos
y el casco rojo.

No conseguí decir que estabas *muerto*. ("Sirenas")

Pero, al final, el poeta pronuncia el nefasto adjetivo y lo que ha pasado deja de estar atenuado por la irrealidad de la cursiva para convertirse en realidad absoluta, de la que muerde: estás muerto. Y con esta toma de conciencia comienzan la tormenta y la caída que es *Anacronía*:

Su cara [la del ángel] está vuelta hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que acumula sin cesar ruina sobre ruina y se las arroja a sus pies. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero una tormenta desciende del Paraíso y se arremolina en sus alas y es tan fuerte que el ángel no puede plegarlas... Esta tempestad lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas mientras el cúmulo de ruinas sube ante él hacia el cielo.

Como el Angelus Novus de la cita anterior, Rodríguez Salas cae y sus alas se confunden con la tormenta. No debería pasar desapercibido que la gran metáfora que articula *Anacronía* es la caída. Está presente la idea desde la misma portada del libro—el impactante y bellissimo cuerpo en caída libre del cuadro de James Wedge *Falling Man*. El caer, más tarde, inunda toda la colección de poemas: "y rueda y rueda sin parar" ("Sandía"), "aquella tarde rueda en mi cabeza" ("Sirenas"), "Aquel día caí/y caigo aún/como aquel niño por las escaleras" ("Escaleras"), "¿Saltaste tú?" ("Kahika") "*down, down, down, down*" ("El piano II"), "el descenso es mi rumbo" ("Alicia") o "Caí, caí, caí, /¿caeré alguna vez/ del todo?" ("Porvenir"). Considero que la metáfora de la caída alcanza su cenit en el poema que cierra la colección, "Nunca", en el que Rodríguez Salas declara con una hipnótica imagen que

[...]

El recuerdo es la sombra

torpemente zurcida a los talones
y el olvido la piedra
que no termina nunca de caer.

Para el poeta, caer, como para el Angelus Novus, consiste en no quitar la mirada de la muerte, de la ruina (ruina sobre ruina), sino mirarla fijamente para comprenderla y decir lo que no se atrevía a decir: muerto. La caída de *Anacronía* implica hacer historia sobre lo que nos han dicho que no se hace historia: lo pequeño, lo íntimo, la sangre, la decadencia, la ruina y la muerte; en fin “la otra historia”, esa que no pasa a los libros y a la que el poeta invoca ante el cementerio que ahora cubre lo que antes fue un magnífico palacio nazarí:

[...]
Queda solo una alberca
de agua silenciosa,
anhelos estancados en la herrumbre
del cementerio,
y canta por las noches la otra historia. (“Alixares”)

Una vez eviscerada la invocación que, a mi juicio, enciende *Anacronía*—el vuelo del Angelus Novus—es momento ahora de entrar en los poemas. Pero antes de hacer eso, he de referirme a la forma de los versos. Son estos incisivos, como un cuchillo con el que alguien a traición te abriera las carnes. Es una poesía cruda, nada artificiosa. Poesía descarnada, terrosa, casi sucia de arañar las paredes de tanto no entender. Solo así se puede pronunciar la palabra *muerto*: estás muerto.

Anacronía se divide en tres partes. La primera—“Ayer”—consiste en un emocionadísimo asirse a la materialidad del hermano, un intento desesperado por sostenerlo en la *physis*, en la profundidad carnal, que acaba de perder. Se revela, pues, “Ayer” como un diario de las materialidades de Javi. “Mellizos” retrata su menuda y azulada presencia al nacer—sin avisar porque solo se esperaba un bebé—y la sonoridad llena de significante de ese llanto sin consuelo emitido por Javi al ser separados sus pies de los de su melliza. En “Cortinas” el poema se llena del croché de los faldones de un Javi retratado junto a su hermano Gerardo y de la tela alpujarreña de la que están hechas las cortinas que sirven de marco a la estampa familiar:

[...]
Yo miro al objetivo

que ya nadie recuerda,
tú, al techo, envuelto
en faldón de croché,
ajeno a tu futuro.
[...]

La infancia de los hermanos es pura *physis* también: las refulgentes luciérnagas, el cantar de las cigarras y los grillos, el lecho de musgo y los rumores del arroyo de los veranos sin fin (“Luciérnagas”); y la sandía que los hermanos en su inocente (o no tan inocente) juego hacen rodar monte abajo desde la huerta de la abuela: “y abajo sangra el sueño en mil pedazos /dulces y rojos”. En “Dónde” la adolescencia el poeta la materializa de un modo similar:

[...]
¿Dónde aquella guitarra
y tus dedos?
¿El saxo
y tus dedos?
¿El *A/ways* de Bon Jovi?
¿No es *siempre* acaso una palabra hueca?
¿Dónde tus risas?
¿Dónde tus cartas?
¿Dónde aquellos maullidos
de estrellas?

Aquí, el eco,
aquel frenazo en seco,
aquella carretera.

Tan urgente es la necesidad del poeta por mantener la materialidad de su hermano que incluso los detritus y las postrimerías del accidente—el alquitrán, la sangre, la gasolina, el casco rojo, la cicatriz del quitamiedos, las sirenas, los fonendos, las batas blancas y el amoniaco que jalonan “Sirenas”, “Dónde” y “Despedida”—le resultan valiosísimos. Sabe Rodríguez Salas que ellos son cuanto le queda de Javi; porque sabe Rodríguez Salas que sin ellos Javi ya no existe. Esta

durísima y crudísima fisicalidad es para mí uno de los muchos logros de *Anacronía*. No hay ambages: porque la muerte es la muerte y esta acumula ruina tras ruina, mordiéndote a dentelladas y arrastrándote por el fango: estás muerto.

La segunda parte de *Anacronía*—“Ausencia”—nos muestra a un poeta en otra fase del duelo. Ya ha asumido esta la pérdida de la materialidad del hermano y ahora le busca espacios-tiempos trascendentes y míticos para existir y donde su ausencia se pueda ver mitigada. Nos informa de ello nada más aterrizar en Nueva Zelanda, un país que parece que Rodríguez Salas visita poco después del triste episodio del fallecimiento del hermano:

[...]

Aterriza el avión entre algodones
urdiendo briznas cada vez más densas.
La tierra de la larga nube blanca
aguarda mi visita y me pregunto
si viniste a este lado de la bruma
buscando el infinito.

Curiosamente, y este es otro de los muchos aciertos de *Anacronía*, la trascendencia para Javi la articula el poeta en diálogo con hitos geográficos y urbanos y formas culturales y espirituales de Nueva Zelanda. Nueva Zelanda, al cabo, adviene como el paraíso en el que habita Javi, un paraíso que duele inmensamente y que incluye líneas de fuga a *El piano*—la célebre película de Jane Campion—, a Janet Frame y su *Angel at My Table*, a la música de Crowded House (“Ni lo sueñes”) y a la mismísima Katherine Mansfield, que también perdió a un hermano (“Leslie”). Pero en este paraíso lo que late sobremanera es la cultura ritual maorí, ya sean sus mitos fundacionales (“Whakapapa” o “Maui”), sus saludos (“Hongi”), sus tatuajes (“Moko Kauae”), o su árbol sagrado (“Kahika”). Entrelazando magistralmente todas estas referencias, entre otras a las que no he aludido, conforma Rodríguez Salas el horizonte desde el que sentir a su hermano (“He Wawata”):

[...]

Son tuyos los retales
de las nubes mullidas
donde el mar se vacía
trabado al infinito.

Si yo tuviera alas,

volaría tan alto
que mi amor, que no olvida,
te hallaría de nuevo
[...]

La tercera parte de *Anacronía*—“Porvenir”—nos presenta a un poeta recién llegado de Nueva Zelanda que revisita emblemas arquitectónicos de su Granada, los cuales, intuyo, se le revelan con otras luces. Con otras luces, porque el poeta está siendo presa de un *jet lag* vital que confunde Granada y Nueva Zelanda. Ya las dos geografías son la misma: los conciertos que retrata “Generalife” espejean *koauaus* (instrumento maorí) con guitarras. Del mismo modo, en la “Sala de los secretos”—visita que uno no puede perderse en el recinto de la Alhambra—, los susurros, probablemente de Javi, llegan de las antípodas: “Tu voz me llega ahora /desde el sótano inverso del planeta”.

Pero más allá del *jet lag* vital, Granada se muestra con otras luces porque en esa Granada Javi ya no está y porque el poeta ya no es quien era—todos somos otros después de volver de un viaje, un viaje que en el caso de Rodríguez Salas lo llevó a las antípodas pero también al infierno de la pérdida y el duelo. La nueva mirada del poeta sobre su ciudad se manifiesta con un delicioso espectro de tonalidades donde Javi lo ocupa todo, incluso cuando no está. Y es que el hermano pasa de ser una presencia explícita en “Ayer” y “Ausencia” a preñar por implicitud (en “Porvenir”) todo lo que Rodríguez Salas mira. Referencias explícitas a Javi solo hay dos: cuando parado ante un “Semáforo” el poeta vuelve al fatídico accidente, a aquel asfalto y a aquellas mustias flores de la carretera y, sobre todo, a aquellos ojos—“unos ojos me miran/tras el cristal ahumado”—y cuando la “Escalera de agua” que conforma la acequia de uno de los caminos que conducen a la Alhambra le hace sentir a Rodríguez Salas que su hermano y él están fundidos en esa agua que abraza sin fin la ciudad: “[...] ni lloro por tu ausencia,/pues soy gota del río cristalino/que, fundida en tus dedos, abraza la ciudad”.

En el resto de poemas Javi ya no es él, sino que se ha fundido con Granada; ya está en todo pues se ha hecho eterno. En estos poemas la poesía de Rodríguez Salas exuda reflexión romántica sobre el tiempo. Como Keats ante la urna griega, entona un soliloquio dirigido al destino enfrente de las ruinas del “Hotel reúma” y del ya inexistente palacio de “Alixares”, ruinas donde de un modo sordo late su hermano: “¿Quién te olvidó en el río/maleta de los sueños rotos? (“Hotel reúma”) o “Qué fue de aquellas bóvedas azules/que prendían el sol/y alzaban la ciudad /en la colina?” (“Alixares”).

Queda otro aspecto fundamental de *Anacronía* que señalar. El poemario no solo atiende al dolor y al duelo en el tiempo—“Ayer”, “Ausencia” y “Porve-

nir”—, sino que el poemario hace tiempo. Esto sucede entre los tres poemas que abren y el poema que cierra *Anacronía*, respectivamente “Odisea”, “Palabras de papel” y “Lobo” y “Nunca”. Deja deliberadamente Rodríguez Salas estos poemas fuera de las tres partes de su obra, partes que responden a una cronología más o menos clara. La fabricación del tiempo que lleva a cabo en estos cuatro poemas, al contrario, no responde a ninguna lógica, sino que aspira a presentar el tiempo como una confusión. Como el Angelus Novus, Rodríguez Salas concibe el tiempo como una indistinción entre el presente, el pasado y el futuro. Y esto niega la existencia del tiempo, o, con otras palabras, lo revela como un error, como una *Anacronía*. “Estaba escrito el viaje”, nos dice el poeta en “Lobo”. Pero, ¿puede el futuro estar escrito como pasado? ¿Puede significar el futuro volver al pasado tal y como el poeta se pregunta en el mismo poema?:

[...]

Quizá ya he vuelto,

quizá nunca me fui del todo.

El viaje puede ser una fuga al pasado,

un ascenso sin alas al punto de partida.

O, incluso, ¿puede el pasado estar tan profundamente anclado en el presente y en el futuro que estos revelen el olvido como “la piedra que no termina de caer” (“Nunca”)? En fin, la anacronía quizá sea el único modo de darle tiempo a quien ya no lo tiene—¿será la anacronía el tiempo de los muertos? ¿O será la forma que el poeta, enredadas sus alas en la tormenta de la ruina, urdió para detener el tiempo justo un segundo antes de que Javi se hiciese poesía, allí, contra el asfalto de la carretera? Después de *Anacronía* todo es silencio. Y todo por virtud del espléndido quehacer de Rodríguez Salas cuya poesía logra que el lector enmudezca, por empatía magistralmente orquestada, ante una certeza: estás muerto.

PEDRO ANTONIO FÉREZ MORA

UNIVERSIDAD DE MURCIA